

Al contrario, yo habia sido educado en el campo, en la tosca comarca que precedentemente he descrito, y, ni por asomo, habia visto en torno del rústico albergue de mis padres, ni los naranjos que ostentan manzanas de oro y cuyas flores olorosas hubieran caído á mis piés, ni los torrentes que se despeñan iracundos de los bosques para inundar con su blanca espuma las pendientes floridas de las valles, ni los pingües ganados de terneras lombardas y matizadas vacas medio ocultas por la yerba espesa, ni las abejas del Himeto afanosas entre los citisos amarillos y sonrosadas adelfas.

Así, á menos de sacar todas mis imágenes de los libros, lo que me repugnaba como un plagio á la vez y como un embuste, me veia obligado á describir la naturaleza escasa y menguada primavera de mi país, sin poder encontrar, en tan indigente naturaleza, ninguno de los colores poéticos que se negaban á prestarme la desnudez de la tierra y las calvas y hendidas rocas que circundaban la habitacion paternal.

En consecuencia resolví prescindir de los accesorios y pintar la primavera mediante las impresiones que produce en el corazon y por las faenas de la gente rústica, tales como se habian presentado á mis ojos, durante los primeros años de mi infancia, en el lugarejo en que habia visto la luz, juzgando que mi composicion seria mas seca, y que tanto el maestro como los condiscípulos no podrian menos de compadecerse de la pobreza de mi pincel.

Sin embargo, tomé la pluma al mismo tiempo que mis rivales, y, con toda humildad, si bien con todo el esfuerzo de estilo de que me sentia capaz, escribí mi primera composicion, inspirado no por la fria ficcion, sino por la memoria cálida y palpitante de los lugares queridos. Tal fué la musa que me inspiró, segun el lenguaje que usábamos en aquella época.

Hace poco encontré, en una de las gavetas del escritorio de mi padre, esta composicion de niño, escrita con letra redonda y poco corrida; pues mis maestros se la habian enviado para que pudiese juzgar de los progresos de su hijo. Podria copiarla por entero, pero me contentaré con abreviarla sin trueque alguno. Si hoy tuviera que volverla á escribir, lo haria seguramente de un modo mas magistral, pero no con tanto sentimiento de verdad.

He aquí mi obra maestra.

IX

« El gallo canta en el muladar del camino, ro-
« deado de sus gallinas que con sus patas escarban
« el seco estiércol y la paja, para encontrar el grano
« olvidado en la espiga despues de batido en la
« granja. Toda la aldea se despierta al oír su alegre
« canto, y la vista divisa gozosa á las mugeres y
« muchachas salir medio desnudas de las puer-

« tas de sus pajizas chozas, peinando sus largos
 « cabellos con el peine de boj que arregla y dispone
 « sus trenzas como madejas de seda; é, inclinán-
 « dose sobre el borde del pozo, se lavan el rostro
 « y las mejillas en el cubo de cobre, cuya sogá
 « enredada en torno de la ruidosa garrucha, se
 « eleva desde el fondo de la roca hasta sus manos.

« Sopla la tibia brisa del fragante mayo, semejante
 « al aliento de un niño que despierta, secando sobre
 « los rostros y cuellos de las doncellas los rizos hú-
 « medos de sus cabellos. Despues se esparcen en
 « los jardines sembrados de saucos, cuyas cán-
 « didas flores se asemejan á la nieve recién caída
 « que aun no han herido los rayos del sol, cogiendo
 « los alelíes que atan con un un alfiler á sus man-
 « gas para respirarlos todo el día durante su tra-
 « bajo.

« Aun no han emprendido su vuelo las golondri-
 « nas, regresadas hace pocos días de los países
 « desconocidos en que poseen un segundo nido
 « para el invierno; y, bajo la forma de animada cor-
 « nisa la vista las observa simétricamente dispuestas
 « sobre los conductos de hoja-lata que circundan el
 « techo, para poder saludar, desde esa altura, al sol
 « que se asoma en el oriente, ó mojar sus picos
 « en el agua que depuso la lluvia. La alada tribu
 « emite imperceptibles trinos, que se asemejan á
 « las palabras que confusa y melodiosamente oímos
 « en los sueños, como si esas lindas avecillas que
 « tanto apetecen la morada humana, temiesen des-

« pertar á los tiernos infantes, dormidos aun en el
 « cuarto de arriba.

« Por último, en la parte que mira al Monte-
 « Blanco, disipa el sol espesos celages, y el astro se
 « desprende poco á poco de sus cortinas de niebla,
 « como un buque incendiado parece saltar en las
 « ondas que las llamas reflejan; los primeros albo-
 « res, que su presencia acusan, tiñen con un surco
 « de luz, las elevadas colinas, cuyos fulgorosos re-
 « flejos recuerdan los que arroja la boca del horno,
 « cuando cruge llameante el sarmiento, y se refleja
 « rojo en el rostro de las mugeres que hacen el pan.
 « En efecto la luz solar no brilla helada, como en el
 « invierno, sobre la escarcha de los prados, sino,
 « rauda y calorosa, da vigor á la tierra y evapora el
 « rocío que humea al elevarse de los retoños de
 « yerba, y del cáliz de las flores en los jardines. El
 « guijarro que ha tocado el sol, mi mano lo siente
 « ya cálido, y el mismo viento parece haber atra-
 « vesado el hálito de la aurora primaveral, soplando
 « sobre los collados, como nuestra madre, durante
 « nuestra infancia, al vernos entrar muertos de frío,
 « acostumbraba soplar en nuestros dedos para de-
 « sentumecerlos.

« Cada vez se muestra el sol mas brillante, y ya
 « casi toca la cúpula del campanario, cuya última
 « piedra brilla como carbon mineral; agitada la
 « campana por la sogá de la cual se agarran los mu-
 « chachos á la señal del campanero, responde á este
 « primer rayo del astro con júbilo estrepitoso que

« aturde y ahuyenta de los techos á las palomas y
« gorriones.

« Al oír tan inesperado repique, detiéndense las
« mugeres que sacan agua del pozo ó regresan á sus
« casas con el cántaro á la cabeza; é, inclinando las
« frentes mientras que con ambas manos sostienen
« el recipiente para que su movimiento no haga
« perder al agua el equilibrio, dirigen á Dios una
« corta oracion para que les depare un día hermoso
« de primavera. Los murmullos, los ruidos, las mil
« voces del camino parecen cesar un instante; y, al
« través este silencio momentáneo, se oye á la na-
« turaleza muda palpitar de piedad y reconocimiento
« ante su Criador. Entre tanto las cabras y carneros,
« impacientes de salir de los oscuros establos en
« que permanecen encerrados durante la nieve,
« prolongan sus balidos, deseosos de ser conducidos
« á la acostumbrada montaña. La madre de familia
« baja precipitadamente la grosera escalera de la ca-
« baña, haciendo resonar sus zuecos de haya ó de
« nogal, y, levantando el pestillo de madera que
« cierra el establo, cuenta sus corderos y cabritos á
« medida que estos se enredan entre sus piernas,
« pugnando por salir los primeros de la lóbraga man-
« sion, y los entrega á los niños para que los con-
« duzcan al acostumbrado pasto.

« Armados de un ramo de acebo del cual aun
« penden las verdes hojas, los pastores infantiles
« toman con sus cabras el camino de la montaña,
« divirtiéndose en su tránsito en arrancar los ramos

« de boj que olorosos como la viña vuelve la pri-
« mavera, y en coger en los zarzalés los frutos verdes
« de ese arbusto que se asemeja á las marmitas trí-
« podes, recreo y pasmo de la infancia. Pero no
« tardan en perderse de vista detrás de las rocas
« para no volver sino al anochecer, cuando las ca-
« bras ú ovejas arrastrarán por tierra sus ubres
« hinchadas de leche.

« Mientras que los rebaños trepan de este modo
« por las cumbres, se ve brillar en las cabañas, al
« través de las puertas abiertas, la llama de haces
« encendidos por las mugeres para hacer la sopa
« muy de mañana á sus maridos antes de ir juntos
« á las viñas. Una vez tomada la frugal colacion
« sobre la mesa lustrosa de nogal rodeada de bancos
« de la misma madera, se ven salir á las ancianas
« encorvadas por la edad y el trabajo para ir á hilar
« la blanca lana de los corderos bajo los árboles que
« se agitan en el camino, contiguos á la pared que
« calienta el sol naciente. Las ruecas se hallan ro-
« deadas de una trenza roja que serpentea en torno
« de la lana, y las venerables matronas guardan á
« su lado á los niños, platicando entre sí de las pri-
« maveras de antaño.

« El mancebo y la doncella salen los últimos de
« la casa, echando la llave por la gatera de la puerta;
« aquel tiene en las manos sus pesadas herramientas
« de labor, el pico y la azada, mientras que en su
« espalda brilla el hacha bruñida; aquella lleva con-
« sigo una larga cuna de pino blanco en la cual

« duerme el tierno infante en equilibrio sobre su
« cabeza. La madre sostiene la cuna con una mano,
« mientras que con la otra conduce á un niño que
« comienza á andar.

« La vista los sigue en las viñas de los collados
« vecinos. Colócase la cuna del dormido infante en
« un pequeño sendero cóncavo, escavado entre dos
« campos de viña, á la sombra de anchas hojas,
« simétricamente dispuestas de nudo en nudo sobre
« los sarmientos nuevos del año. El hombre se
« quita la chaqueta mientras que la muger solo
« conserva su camison de lienzo fuerte y espeso
« como el cuero, y ambos alternativamente, toman
« el azadon con sus manos curtidas por el sol, y,
« hasta la mitad del dia, se oyen resonar en todas las
« colinas los golpes del bruñido instrumento sobre
« los guijarros que lo mellan. Jadeante de fatiga,
« siente la muger pegársele el camison al pecho y
« las espaldas, como si acabase de tomar un baño
« en el rio, y, al menor grito de su hijo que des-
« pierta, corre á agacharse junto á la cuna y pre-
« senta su seno al infante, á quien sacia de leche
« despues de haber dado el sudor á la tierra.

« Al llegar el sol á la mitad de su carrera, cubre
« la madre con un lienzo el pan y queso para pre-
« sérvarlos de la arena que podría arrojar el viento,
« extiende sobre la tajada de pan moreno el blanco
« requeson en que relumbran los brillantes granos
« de sal, y ambos esposos se ponen á comer uno en
« frente de otro al borde del foso del camino, como

« dos caminantes fatigados por una larga jornada,
« pronunciando de cuando en cuando alguna pala-
« bra relativa á la buena vendimia que promete la
« primavera.

« Al pié de una cepa cuyo jugo exquisito desti-
« lado en el otoño precedente se halla contenido en
« una botella refrigerada por el agua de la cor-
« riente, reposan ambos consortes, despues de ha-
« ber apurado el licor precioso, sobre la tierra que de
« calor humea, la cabeza apoyada sobre sus brazos
« doblados, cobrando fuerzas en los rayos del sol
« que seca el sudor sobre sus frentes.

« Al anochecer descienden cantando por los sen-
« deros de la colina, y los pastores juveniles que
« bajan de la montaña con sus rebaños, traen á
« la muger en guisa de cena, sus cabras favoritas
« ornados sus cuernos con ramos de boj. »

• • • • •
Esta composicion, estensa tal vez en demasia,
terminaba por un himno á la primavera que hace
entumecer las yemas de las viñas, y promete los
copiosos racimos que destilan lentamente, en las
venas del pámpano, el vino que debe esparcirse bajo
la forma de olas de púrpura en el espacioso lagar:
licor balsámico que regocija el corazon del jóven,
y alegra al mismo anciano reanimando en su me-
moria el recuerdo de las primaveras pasadas.

Pero cesemos de copiar, pues estos ensayos in-
fantiles solo tienen encantos para una madre.

X

De cualquier modo que se aprecie el citado fragmento, ello es cierto que esta primera composición literaria, parto de una imaginación de doce años, pareció superior por su misma sencillez á las repeticiones clásicas de mis condiscípulos; y tanto los profesores como los alumnos la juzgaron impregnada, por decirlo así, de la índole y acento del suelo natal bajo el sol del mediodía amado del pobre aldeano.

Mi infantil descripción fué premiada, no por el estilo, sino por el candor y sencillez que respiraban sus páginas. Dos tiernos y venerandos preceptores, cuya memoria no han podido enfriar en mí ni las vicisitudes de la existencia ni las de la opinión fugitiva, el padre Bequet y el padre Varlet, profesores ambos de clases literarias dirigidas por los jesuitas, me manifestaron desde aquella época una predilección casi paternal, cuyo olvido arguiría no poca ingratitud de mi parte, pues si son lícitos los cambios del entendimiento, no sucede lo mismo con los del corazón. Esos amados maestros se dedicaron á cultivar mi inteligencia con tierna solicitud; é, idólatras en materia de estilo, juzgaron que yo era un niño que prometía. Yo mismo (con toda humildad lo confieso) quedé tan sorprendido y satisfecho de la fidelidad del cuadro que había trazado de la aldea en que despunté

por primera vez á la vida, y de mis pobres y calcinadas colinas estendidas en torno del albergue paterno, que desde aquel entonces no pude menos de abrigar una seria y precoz estimación de mi ingenio. Veinte veces leí y releí mi primera composición, que fué recitada al fin del año en la ceremonia pública de la distribución de premios del colegio, en presencia de las madres y los niños que la aplaudieron. Jamás salió completamente de mi memoria, y nunca abrí, en una edad mas avanzada, la gaveta del escritorio de mi padre, sin volverla á leer con cierta satisfacción íntima de mi precocidad, pudiendo asegurar que, de las numerosas obras que ha publicado después mi pluma, esta niñada es tal vez la que mas me engrió por la conciencia anticipada que me inspiró de mis fuerzas, sintiendo, en aquel momento, lo que sentiría un discípulo de pintura que, al arrojar contra la pared la paleta de su maestro, notase que las manchas resultantes producen un efecto análogo á un cuadro, y se admirase á sí mismo creyéndose pintor; en vez de admirar al acaso, único autor de lo efectuado.

XI

Aun evoca mi fantasía una de las circunstancias que dió pábulo en mi ánimo á ese vago sentimiento literario que incubaba mi inteligencia, y este recuerdo halaga mi memoria en los momentos en que me esfuerzo en indagar la causa de ese instinto y ese

gusto por las cosas intelectuales que forman la base de mi carácter.

A poca distancia de la casa de mi padre, elevábase una eminencia aislada perteneciente al grupo de las colinas, llamada *Monsard*, probablemente á causa de la corrupcion de su antiguo nombre latino *Mons arduus*. Movedizos quijarros se hallan sembrados en sus escarpadas pendientes, que ruedan bajo los piés de quien intenta ascender á la cumbre, con el ruido producido por las olas que, al retirarse de la acantilada costa, arrastran los morrillos y mariscos en su reflujo.

Veredas estrechas, apenas perceptibles, que borra diariamente el pié hendido de la cabra, conducen por circuitos algo mas suaves á la cumbre, en que se ofrecen á la vista cenicientos peñascos, descarnados del suelo y esculpidos por la naturaleza, el tiempo y la lluvia, bajo formas caprichosas que imponentes se levantan como gigantescas almenas de una fortaleza desmantelada.

Tres de estas rocas se hallan ahuecadas en forma de nichos, ó, por mejor decir, de púlpitos de catedrales, como si se hubiese complacido la mano humana en preparar tres cátedras ó tres tribunas á los solitarios para hablar de Dios á los elementos. Estos tres púlpitos, contiguos y cercanos como los asientos de un coro de iglesia, forman una fachada semicircular que mira del lado del oriente; de modo que los pastores ó cazadores fatigados que en ellos se guardan y descansan, pueden reposar al abrigo del

viento, verse oblicuamente y casi frente por frente, y conversar en voz baja, sin temer que el movimiento del aire, en parage tan elevado, se lleve sus palabras.

La vista, que solo campea libre del lado del sol levante, divisa una vasta llanura como un horizonte marítimo, se desliza sobre las colinas y aldeas que separan estas montañas del cauce del Saona, y se estiende mas allá de la plateada cinta desplegada como un lienzo que se seca estendido sobre la yerba, en las praderas casi holandesas de la Bresa pastoral.

Desde allí se levanta para subir por las negruzcas pendientes del Jura, y solo se reposa en las aéreas cimas de la nevada cordillera formada por los Alpes. La imaginacion, telescopio sin límite del alma, se precipita en los llanos de la Italia ó en las lagunas del Adriático.

Llegado á tal altura, en que no penetran el ruido de los valles, disfruta el viagero de un silencio tan completo como solemne, interrumpido tan solo por el choque accidental de las pechinas que el menor movimiento del pié precipita y desmorona, y los imperceptibles silbidos que produce la brisa al cernirse, como por un tamiz, al través de las ligeras briznas de la yerba seca y águda que atraviesan la piedra como lancetas imperceptibles. Pero este susurro, en vez de interrumpir, fomenta y se armoniza con los escelsos pensamientos que inspiran estos altos lugares.

XII

Mi padre, á quien su gusto por la caza habia hecho descubrir este sitio elevado y casi inaccesible, acudia á él á menudo despues de comer, esto es, á las dos de la tarde, llevando consigo un libro para poder pasar en compañía de un gran ingenio las largas tardes del verano, y á veces me conducia á mí mismo cuando, á la edad de diez á doce años, me volvía el colegio á mi familia.

Apenas se sentaba con el libro abierto en la mano, pasaba yo mi tiempo del modo mas agradable, formando una coleccion de las mas bellas petrificaciones marinas, ó haciendo cestos para mis hermanas con los mimbres que crecen á seco en las áridas llanuras; mas no tardábamos en oír, del lado de la montaña opuesto al que habíamos subido, lentos y acompasados pasos que hacian rodar los guijarros, y otro huésped de la montaña mostrábase poco despues, con un libro en la mano, quien, mirando los mariscos amontonados por mi mano infantil, se enjugaba risueño el sudor, esplicándome como los habia depuesto en tan alto parage la marea de los siglos; y, despues de haber saludado á mi padre con una cordialidad algo ceremoniosa, se sentaba en la segunda escavacion de la roca.

XIII

Este visitador asídúo de la montaña se llamaba M. de Vaudran.

Era hombre entre cincuenta y sesenta años, é hijo quinto de un gremio numeroso y notable de nuestra tierra, conocido bajo el nombre de la familia de Bruys. Era fácil ver la casa de esta patriarcal familia, rodeada de eras y cultivados terrenos al pié de la montaña de Monsard, limítrofe por un lado á un polvoroso sendero, y por otro contiguo á verdes prados y un reducido soto bañado por un arroyo cristalino.

Varios miembros de esta familia habian ocupado, en Paris, las mas altas dignidades de la monarquía antes de la Revolucion, y la aptitud de esta raza tanto para los negocios como para las letras, era proverbial en nuestra comarca, advirtiéndose que las hermanas no iban en zaga á los hermanos por el carácter é inteligencia. Aun vive la menor de estas hermanas, de edad de noventa y cinco años, y aun respira en la misma casa que desde aquí veo blanquear mientras trazo estos renglones, conservando, á pesar de los años, la gracia del corazon y la sonrisa de la inteligencia. Sin dejarse menoscabar por el tiempo, parece haber mellado su hoz y subsistir en la generacion presente como un monumento viviente de los pasados tiempos, dejado en las tierras patrimo-